

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO Á PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día séptimo. Y bendijo el día séptimo, y santificólo. Gen. Cap. II, v. 2 y 3.

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

LA ASCENSION DE N. S. JESUCRISTO.

*Et videntibus illis
elevantus est.*

Act. IV.

Hoy es un día memorable en los fastos de la Religión que tenemos la dicha de profesar. La Ascension de Jesucristo á los cielos es un hecho histórico que corona de honor y de gloria al divino campeón de la humanidad, y siembra de resplandores el camino que debemos seguir para llegar con seguridad al término de nuestras nobles aspiraciones.

La Iglesia católica celebra gozosa este acontecimiento y nos invita á participar de su júbilo con estas palabras del Real Profeta: *Omnes gentes plaudite manibus.* Aplausos al Excelso, al Terrible, al Vencedor de la muerte

y del infierno. Honor, virtud, gloria y bendicion al mártir divino que ha cancelado con su sangre la escritura de nuestra servidumbre, y el decreto de nuestra condenacion. Cantad, cantad himnos al Rey poderoso que ha conquistado al precio de su vida el reino de la gloria y nos ha franqueado sus puertas cerradas á todas los hombres desde la primera prevaricacion.

Vedle subir ahora, lleno de gloria y majestad, al santo monte de Sion, escoltado por los angélicos escuadrones, y aclamado con himnos de júbilo por la multitud de cautivos, libertados por su diestra, que lleva consigo como glorioso trofeo de sus victorias. *Ascendit Deus in jubilatione, et Dominus in voce tubæ.*

Venid vosotros á celebrar con los moradores del cielo el triunfo

de Jesús. Alzad también la voz, como sonido de trompeta, *in voce tubæ*, pulsad la cítara de la alegría, la lira del amor, el salterio de la gratitud y el decacordio de la glorificación. *In psalterio et cithara*. Su triunfo es nuestro triunfo, su gloria es nuestra gloria, su Ascension es nuestra elevacion. *Christi Ascensio, nostra propectio est*. Vamos á estudiar este gloriosísimo acontecimiento que es al mismo tiempo uno de los misterios mas sublimes y consoladores de nuestra fé, y veremos como en efecto la Ascension de Jesucristo es la base, la norma y el principio de nuestra grandeza y elevacion.

No es de extrañar que la Iglesia católica celebre con el mayor regocijo la Ascension de Jesucristo á los cielos. Si nosotros conociéramos como ella los grandes bienes que de este misterio han brotado como de fuente inagotable y purísima para gloria de Dios, para dicha y consuelo de la humanidad; si supiéramos apreciar en todo su valor la virtud maravillosa y trascendental de este misterio en orden á nuestra elevacion y grandeza, no daríamos paz á las manos para aplaudir, ni á la lengua para ensalzar, ni al corazon para agra-

decir con todas nuestras fuerzas las grandezas de nuestro glorioso libertador y sus bondades infinitas en favor de los hombres.

Estudiemos este sublime misterio de la vida de Jesucristo, que es el sello de todos sus milagros y el coronamiento de todas sus grandezas. Procuremos penetrar y desenvolver su virtud maravillosa y su bienchora influencia para elevar al hombre y realizar el progreso moral de la humanidad y quedará demostrado con evidencia meridiana que la Ascension de Jesucristo es nuestra glorificación.

Aquel Rey sapientísimo que con su maravillosa inteligencia habia sondeado los abismos de la naturaleza; que habia discutido elocuentísimamente desde el cédro hasta el hisopo; que con la fama de sus riquezas y admirable sabiduria se habia grangeado la admiracion y el aprecio de todos sus vasallos y de los grandes y reyes de la tierra; Salomon, este portento de sabiduria confiesa ingenuamente que hay tres cosas en el mundo ignoradas por los sábios, entre las cuales la primera es, *via aquilæ in caelo*, el camino que sigue el águila en los espacios del cielo. ¿Por qué el sabio no ha llegado á comprender el

vuelo del águila? San Ambrosio afirma que hay aquí un profundo misterio. El águila, reina de los vientos, representa á Jesucristo, Rey de reyes, que desde el monte de las olivas comenzó á elevarse en presencia de sus discípulos, y remontando su vuelo por encima del cielo de los cielos, fué á posarse á la derecha de Dios Padre. *Qui ascendit super cælum cæli ad Orientem.* No es maravilla que Salomon y aun los mismos ángeles se declaren impotentes para comprender el vuelo sublime de esta águila divina. Pero si no puede el hombre, aún dotado de maravillosa penetración, seguir á Jesucristo en su Ascension á lo más alto de los cielos, ni abarcar con su corta mirada ni describir con su pobre palabra toda la pompa, todo el esplendor, toda la gloria que le acompaña en su triunfal entrada y toma de posesión del reino de los cielos, ¿podrá negarse la grandeza incomparable y la inmensa gloria que ese misterio refleja sobre la frente de la humanidad? ¿No hemos sido elevados sobre los coros de los ángeles, sobre los principados y potestades? ¿No ocupa el hombre un trono altísimo á la derecha del mismo Dios? ¿Háse dicho á alguno de los ángeles: *Tu eres Hijo mio; sientate á mi derecha?*

No; la Ascension gloriosa de Jesucristo, el vuelo sublime del águila divina no ha sido un hecho sin consecuencias para el mundo, porque, según la Santa escritura, el águila enseña, provoca y estimula á sus polluelos á volar. *Quod próvocet pullos suos ad volandum.* Ved á los apóstoles, los primeros discípulos de Jesucristo, estos polluelos débiles, flacos, tímidos, groseros é ignorantes; vedlos en el monte Olivete en torno de su Maestro, recibiendo sus últimas enseñanzas. Se acerca el momento de la despedida, Jesucristo bendice amorosamente á sus queridos discípulos y comienza á elevarse magestuosamente por los aires. ¿Qué hacen los polluelos? Contemplan estáticos á su Maestro, no apartan su vista de este sublime espectáculo, miran sin pestañear los rayos de este sol divino que se eleva hácia el Oriente, y sienten un impulso interior, una fuerza misteriosa que les arrastra, que los impele á emprender su vuelo en pos del glorioso vencedor del mundo, del infierno y de la muerte. ¿No eran poco há polluelos cobardes, rústicos y groseros? Vedlos ahora convertidos en águilas por la elevación de sus pensamientos, por la firmeza de su fé, por el valor de sus corazones y por el precio

de sus conquistas. Vedlos ahora lanzarse como el águila sobre la presa, no para devorarla, sino para salvarla. Y la presa codiciada por estas águilas del Evangelio es el mundo; y el mundo entero que por espacio de cuatro mil años habia vegetado en la noche del error y en el seno de la barbarie, se levanta en alas de la fé católica transformado y rejuvenecido.

Desde entonces empieza el mundo á andar por los caminos de la virtud, y tanto anda y tanto progresará en las ciencias, en las artes, en las leyes, en las virtudes sociales y domésticas, que llegó á tocar la más alta cumbre de la civilizaci6n. Cuando Jesucristo iba á subir á los cielos, dijo á sus discípulos: *Estad sobre aviso, porque vendrán falsos profetas y os dirán: El Cristo está aquí, el Cristo está allí: pero vosotros no lo creais. Donde está el cuerpo, allí se congregarán las águilas.*

La Iglesia católica es el cuerpo místico de Jesucristo. En ella y por ella se elevan los hombres á las puras regiones de la ciencia y de la virtud, y en su seno maternal se engrandecen las naciones y remontan su vuelo hasta la cima gloriosa de la verdadera civilizaci6n. El Salvador del género humano, al subir á los cielos

por su propia virtud, dejó trazada la senda que conduce á la verdadera felicidad, y confió á su Iglesia el depósito de aquellos principios inmutables, de aquellas verdades fecundísimas, de aquellas fuerzas vivas y sobrenaturales que han realizado prodigios de santidad, milagros de heroísmo, portentos de grandeza moral; fuerzas divinas que obran en el corazón del hombre y en las entrañas de la sociedad un trabajo incesante, misterioso, de renovaci6n interior, cuya virtud y fecundidad se revela constantemente en esas obras admirables, en esos frutos de oro, en esas mieses brillantes de todas las virtudes que coronan la frente del cristiano, que honran sobremanera á la Iglesia, hacen felices á las naciones y consuelan á la humanidad. No es otro el origen de esta rica civilizaci6n que disfrutaban las naciones bautizadas. Nació del corazón de Jesucristo, fué creciendo con lentitud, pero también con solidez, á través de los siglos, difundiendo sus ventajas y beneficios en todas las regiones, á medida que la fé católica iba sometiendo pueblos, y ensanchando el vasto campo de sus conquistas. ¿No es así como habla la historia? Si no bastaba la voz elocuente de los doctores

católicos, ahí está la voz de los siglos pasados, como el testimonio de los tiempos presentes, proclamando mejor que este discurso la verdad propuesta á vuestra consideración como asunto de este discurso, á saber; que la Ascension de Jesucristo á los Cielos es nuestra elevacion. *Christi ascensio nostra propectio est.* Y vosotros, hermanos míos, adelantad en los caminos de Dios, que son rectos y seguros, llenos de luz, de suavísimos placeres espirituales, y de inefables consuelos. Disponed en vuestro corazón gloriosas *Ascensiones*, caminando de etapa en etapa, *de virtut en virtut*, hasta que llegueis al monte de la gloria y del eterno reposo. Mirad con indiferencia las cosas de la tierra que son caducas y perecederas, y aspirad con todo el esfuerzo de vuestro corazón á las cosas del cielo que durarán eternamente. Si buscáis antes que todo el reino de Dios, todo lo demás se os dará por añadidura. Si teneis por muy vil y despreciable la herencia terrena, riquezas, honores, placeres sensuales en que cifran los mundanos su dicha y ventura, y mostrais ardor por la herencia celestial que es la gracia, la virtud, la piedad, las buenas obras, mientras dura la vida temporal, y solo anhelais

la eterna bienaventuranza, tomareis alas como de paloma para elevaros cada día mas sobre los bienes terrenos y podreis decir aun viviendo en la tierra: *nuestra conversacion es en los cielos. Si durmialis intermedios cleros, pennæ columbæ deargentata et posteriora dorsi ejus in pallore auri.*

Oid todavía lo que nos cuenta el inspirado historiador del suceso que celebramos. Estando comiendo con sus discípulos, viéndolo ellos, se elevó y una nube le ocultó á su vista. Fijad la atención en las palabras sagradas. Notad los misterios que estan ocultos bajo la corteza de la letra. *Notate verba, signate mysteria* (1). Comiendo, se elevó. *Comedit et ascendit.* Comió y subió. Comed vosotros y subireis. El pan Eucarístico, ese pan vivo que descendió del cielo, es nuestro alimento, foco de resplandores, manantial de aguas purísimas para apagar el ardor de las pasiones, fuerza sobrenatural que nos impulsa, que nos arranca de la tierra y nos hace volar por las sublimes regiones de la virtud, llevándonos á descansar en el seno de Dios. Comed con frecuencia ese pan misterioso, gustad á menudo ese manjar de los espíritus y

(1) S. Greg. Hom. 66 in Evang.

vereis como insensiblemente adelantáis en la virtud y os sentis enmendados, cada dia mas virtuosos y por lo tanto más felices. Orad frecuentemente, que la oración es la llave de oro que nos franquea los tesoros de la bondad y misericordia divina. Hacedlo así y progresando cada dia en las buenas obras, llegareis felizmente al término de todas vuestras aspiraciones que es la gloria eterna. Amen.

—
NORA Y LA HERMANA BRÍGIDA.

—
TRADUCCION.

(Conclusion.)

¿Mas qué le importa todo esto?; era muy feliz. ¿No sabia que en aquel momento le amaba alguno?

Al dia siguiente, como todos los sucesivos, Nora se encaminó á la Iglesia; de la Iglesia siguió á sus nuevas compañeras á la escuela de las Hermanas, y llegó un dia en que conmovida y arrepentida hizo su primera confesion. Pero concluyó la misión exclusivamente hecha para los niños, y Sor Brígida no volvió á ver aquella niña tan dulce y fervorosa á la que con tanto anhelo mostró su cariño.

¿Qué se habia hecho de Nora? ¿cuál sería su suerte? En buena ocasion experimentó los efectos de la gracia; pero la cruz que llevaba sobre sus frágiles hombros era muy pesada. Ya no vendia pajuelas, habia sido contratada en un miserable teatro para dan-

zar en los dias de fériá; y los malos tratamientos de sus maestros se añadieron á los que su madre jamás la perdonó. Sus fuerzas ya no podian resistir aquello; bien pronto sus miembros delicados experimentaron violentos dolores: los golpes se redoblaron entonces para castigar su debilidad y los defectos de su endeble constitucion. Sin embargo, jamás salieron de sus lábios quejas ni murmuraciones. Nada podia perturbar la serenidad de su rostro; y cuando no tuvo otro remedio que acostarse en su pobre lecho, sin duda ninguna que una voz cariñosa hablaba en su interior.

Las mas de las veces se quedaba sola, abrasada por la fiebre sin fuerza para andar ni para tomar un poco de agua. Sabia que iba á morir. Morir, ¡oh! Nora no temia la muerte, porque la muerte para ella era el cielo, el Niño Jesús, la Santísima Vírgen, las blancas alas de los ángeles y la aureola de los Santos, el fin de todo dolor y de todo sufrimiento.

Se acercaba el Nacimiento del Niño Dios. Habia mucha alegría en las familias, los niños se arrojaban en los brazos de sus madres, y los árboles de Navidad brindaban con los frutos por tanto tiempo deseados.

¿Más quien se acordará de Nora? Con toda paciencia ¡niña abandonada! Jesús ha nacido para tí lo mismo que para los felices de la tierra; esta es la parte que te queda de las alegrías de Navidad.

Aguardaba un dia más feliz. Sor Brígida vino casualmente á cumplir

una misión de caridad á la pobre casa, y al entrar en ella oyó una lastimera voz que decía ¡oh! madre, haced el favor de cerrar la puerta, tengo frío. La mujer á quien se dirigían estas palabras bajó bamboleándose de embriaguez. La Hermana se detuvo, echó una mirada sobre el cuarto y reconoció en la miserable cama la niña irlandesa.

Estaba en efecto casi moribunda, pero la dicha que esperaba la dió fuerzas y abrazó á Sor Brígida con sus pequeños y helados brazos; entonces refirió por vez primera sus largos sufrimientos y sus íntimas consolaciones. Cuando volvió la madre, la Religiosa manifestó que jamás abandonaría aquella pequeña víctima, y sin mucha resistencia pudo llevarla al convento. Nora fué recibida en él como enviada por el Niño Jesús. Se tenía por muy feliz en su nuevo y caliente lecho, al pié de una imagen de la Virgen, y todo rodeado de guirnaldas de acebo que guarnecían las paredes como un adorno de fiesta.

El sacerdote que en otro tiempo había abierto á esta tiernecita alma los primeros horizontes del cielo, vino á recibir su última confianza; escuchó su cándida confesión en la que la niña se echa en cara amargamente, como la mayor de sus faltas, alguna impaciencia en sus dolores.

Ningun sentimiento de venganza contra los que habían arruinado su joven naturaleza!!!

«Pobre madre, decía, yo quisiera que fuese buena!» «Mirad, Padre, no

sabe nada de lo que vos nos habeis dicho.»

Sus piés y manos fueron ungidos por el óleo santo; pero la misa de media noche le había de causar gran felicidad.

Por la tarde se abrió una de las ventanas de la capilla. Nora pudo entonces oír por última vez los cánticos de la tierra: despues cuando las Hermanas y los huérfanos se fueron acercando á la Sagrada Mesa, subió el Sacerdote llevando á los ansiosos labios de la moribunda el niño Jesús de la cuna. La niña lo recibió con lágrimas de amor y cayó en profundo recogimiento. Al momento se notó que se acercaba la muerte: de tiempo en tiempo pronunciaba algunas palabras: «Jesús ¡María!» y algunas veces ¡«Pobre madre»!!

La campana tocó á misa de la aurora: la moribunda se incorpora, sus ojos se abren, una inmensa alegría resplandece en su rostro... despues espiró...

En este momento dos niños se abrazaron en el cielo; Jesús recibió á Nora. En la tierra se celebraba la misa de la aurora.

(El Pilar).

VARIEDADES.

EL MARISCAL VAILLONT.

(Traducción.)

El Mariscal Vaillant se levantaba todos los días á las cinco de la mañana tanto en verano como en invierno;

fumaba su cigarro y se paseaba por su ministerio con las manos en el bolsillo. Vestía un gran pantalón y un gabán de abrigo, en tal mal uso que podía venderse á cualquier hora por lo que costó la botonadura. Este célebre madrugador tuvo varias aventuras, de las cuales contamos la siguiente, referida por un testigo digno de crédito.

Una hermosa mañana, el señor X, Cura de una aldea de los alrededores de Dijon, se acercaba á la puerta del ministerio, de la casa del Emperador y de las Bellas-Artes. El conserje dormía pero el mariscal que fumaba su cigarro en el terrado, vió al sacerdote y le preguntó:

—A quien buscáis señor Abad?

—Al conserje, muchacho.

—Duerme todavía.

—Quisiera saber la hora de audiencia del ministro.

—Recibe todo el día. ¿Qué queréis?

El Cura aunque sorprendido de la curiosidad de este personaje que vestía con tanta sencillez, se acercó á él, y le dió cuenta de su negocio.

Está bien, dijo el Mariscal, yo me encargo de cumplirlo; únicamente vendreis á la hora del almuerzo y os haré pasar á su presencia.

—Sin duda sois el ayuda de cámara del ministro:

—Justamente, respondió el mariscal riéndose: jamás ha tenido mejor servidor que yo.

El Cura se retiró contento y satisfecho volviendo á la hora citada. Pasó á la sala y encontró á su compañero

de la mañana que le invitaba á sentarse y á comer junto á él.

—Almorzais á la misma hora que el ministro? preguntó el Abad.

—Siempre.

¿Y comeis las mismas cosas que él?

—Tambien.

—Pues yo tengo gusto en saber como se alimenta un mariscal de Francia.

Terminaron el primer plato y la ilusión duraba todavía; pero un secretario importuno lo descubrió todo, pues al oír la palabra *Excelencia* el cura comprendió.

—Me extraña hayais querido burlaros de un hombre que os ha depositado su confianza, dice al mariscal.

—Os la devuelvo por que no soy mas que un simple ministro, contestó éste sonriendo con afabilidad.

Se hicieron las paces; el almuerzo terminó con alegría, y el viajero se llevó una gran subvención para su Iglesia.

Los periódicos ingleses dicen que ha producido gran sensación la noticia de que el arzobispo de la secta anglicana, Mr. Trench, despues de renunciar el alto puesto que desempeñaba en Irlanda, ha anunciado su propósito de convertirse á la religion católica.

